

La Comédi@thèque

Crash Zone

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Crash Zone

Se reúnen en el lugar de un accidente aéreo para rendir homenaje a su hermano desaparecido. Pero ¿qué ocurrió realmente? ¿Y quiénes son ellos exactamente?

Personajes

Dom
Fred
Yan

*Tres personajes de sexo indistinto.
En esta versión, Fred es un hombre y Dom y Yan son mujeres.*

Llega Fred. No parece saber muy bien dónde está. Dom llega poco después.

Dom – Ah, ¿estás aquí?

Fred – Sí.

Dom – Creía que te había perdido... (*Miran un poco a su alrededor.*) Entonces, ¿ya está? ¿Hemos llegado?

Fred – Sí.

Dom – Bueno...

Una pausa.

Fred – No hace precisamente calor.

Dom – No...

Dom se acerca al borde del escenario.

Fred – Cuidado. Creo que estamos justo al borde de un abismo.

Dom – ¿De un abismo?

Fred – Quiero decir, de un acantilado.

Dom da otro paso con precaución y mira hacia el público.

Dom – Ah, vale... Sí, es... Hay una buena caída.

Fred se reúne con ella.

Fred – Sí... Ni siquiera se ve el fondo...

Se quedan un momento mirando al frente en silencio.

Dom – Yo sigo preguntándome qué demonios hacemos aquí...

Fred – Fue aquí donde desapareció. Por lo visto...

Dom – ¿Aquí?

Fred – Más o menos...

Dom – Lo que está claro es que aquí no vamos a encontrarlo.

Fred – No...

Una pausa.

Dom – Pero cuando dices «aquí»...

Fred – El avión explotó en pleno vuelo. A bastante altura, al parecer. Encontraron restos esparcidos por una franja de unos dos kilómetros de ancho y ocho de largo.

Dom – O sea, hasta aquí.

Fred – Más allá del acantilado, pues... Vete tú a saber.

Dom – Vale, o sea que no fue... exactamente aquí.

Fred – No saltó en paracaídas. Se desintegró ahí arriba. Así que, claro...

Dom – Dos kilómetros de ancho por seis de largo...

Fred – Ocho.

Dom – Eso son dieciséis kilómetros cuadrados.

Fred – Más o menos...

Dom – O sea que lo que quieres decir es que... en algún punto de por aquí quedó vaporizado.

Fred – Eso es.

Dom – Quiero decir... pulverizado.

Fred – No encontraron ningún resto de su cuerpo en la zona donde cayeron los fragmentos.

Dom – ¿La zona donde...?

Fred – Nada que pudieran identificar mediante una prueba de ADN, en cualquier caso.

Una pausa.

Dom – Pero ¿qué demonios hacía en ese avión?

Fred – No lo sé... Dios está en todas partes...

Dom – ¿Cómo dices?

Fred – No, quiero decir... El destino. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, y punto.

Dom – La verdad es que se parecía un poco a Dios... Nunca estaba donde debía cuando debía... Por lo menos cuando lo necesitábamos...

Fred – Quizá deberíamos haber traído flores o... yo qué sé... una corona.

Dom – Sí... Tendremos que acordarnos la próxima vez.

Fred – ¿La próxima vez? ¿Quieres decir... la próxima vez que vengamos a rendirle homenaje?

Dom – Pues... Sí. No la próxima vez que se estrelle en un avión, ¿no?

Fred – No.

Dom – Quiero decir que tampoco vamos a peregrinar a Brest todos los años.

Fred – No, claro.

Dom – Era nuestro hermano. Hemos venido a despedirnos de él, es normal. Pero bueno... Tampoco era el Soldado Desconocido. Y yo no soy muy de conmemoraciones...

Fred – Sí... No, no, yo tampoco... Además, no nos pilla precisamente cerca...

Una pausa.

Dom – Un vuelo de París a Brest... Hay que reconocer que es un poco absurdo. ¿A quién se le ocurre ir a Brest en avión?

Fred – Sobre todo a él, que nunca cogía aviones...

Dom – ¿Y qué demonios iba a hacer en Brest?

Fred – Probablemente nunca lo sabremos...

Una pausa.

Dom – Y... ¿estamos completamente seguros de que iba en ese avión?

Fred – Sí, bastante seguros...

Dom – ¿Y cómo podemos estar tan seguros? En el lugar del accidente no encontraron ni rastro de él.

Fred – Tampoco encontraron rastro suyo en ningún otro sitio...

Dom – Bueno, tampoco era de los que dejan mucha huella a su paso...

Fred – Es verdad que era bastante despistado... Quiero decir, discreto...

Dom – Hasta se podría decir que tendía a desaparecer sin dejar rastro... Por eso una muerte tan espectacular...

Fred – No pega mucho con él. Y, sin embargo, figuraba en la lista de pasajeros... No cabe duda.

Dom – Podría haber perdido el vuelo en el último momento.

Fred – No, eso sí que no encajaría con él.

Dom – Es verdad que era bastante puntual.

Fred – Sí... Casi maniático...

Dom – De los que ponen el despertador a medianoche para no olvidarse del cambio de hora en primavera.

Fred – No, ese vuelo no pudo perderlo. Por desgracia... Y si lo hubiera perdido, ya habríamos tenido noticias tuyas.

Una pausa.

Dom – Bueno, y entonces... ¿qué se supone que tenemos que hacer?

Fred – No lo sé... Solo hemos venido a... darle el último adiós.

Dom – Vale...

Fred – A mamá parecía importarle mucho.

Dom – Es una pena que al final no haya venido.

Fred – No se encontraba bien... Es comprensible...

Dom – Sí... Para ella, claro... es un golpe tremendo.

Fred – Al fin y al cabo, era su hijo.

Dom – Pero, como al final renunció al viaje, podríamos haberlo cancelado...

Fred – Yo compré los billetes. No admitían cambios ni devoluciones.

Dom – Ya veo... O sea, que estamos aquí para no desperdiciar los billetes.

Fred – Exacto.

Dom – ¿Y el billete de mamá?

Fred – Se lo di a... Yan.

Dom – ¿Cómo? ¿También viene Yan?

Fred – Bueno, también forma parte de la familia.

Dom – Si tú lo dices... Pero no la hemos visto en el tren, ¿verdad?

Fred – Era un billete de avión... Mamá quería hacer exactamente el mismo recorrido que él. Para hacerse una idea...

Dom – ¿Una idea de qué?

Fred – No lo sé...

Dom – Ya veo... Como esa gente que recorre las estaciones del viacrucis en pantalón corto y chancas, con una bebida fresca en la mochila... Para hacerse una idea...

Fred – O quienes hacen el Camino de Santiago por etapas, un poquito cada año, durmiendo todas las noches en acogedoras casas rurales.

Dom – Así que, al final, Yan heredó su viaje de París a Brest...

Fred – No sé qué habrá pasado... Tendría que haber llegado antes que nosotros.

Dom – Y entonces... ¿volaba con la misma compañía? Quiero decir, con la compañía de mierda cuyo avión se estrelló aquí.

Fred – Arcoíris Low Cost... Sí...

Dom – Bueno... Espero que de ella al menos encuentren algunos pedazos.

Fred – Con tal de que no sean demasiado grandes ni nos caigan encima... Porque pesa lo suyo...

Les da un ataque de risa. Yan llega con un atuendo bastante extravagante y poco apropiado para un homenaje fúnebre. Lleva una pequeña caja de pastelería. Los otros dos intentan recuperar la compostura.

Yan – Ah, ¿ya estáis aquí?

Dom – Sí, y... precisamente empezábamos a preocuparnos porque no llegabas.

Fred – ¿Qué tal el viaje?

Yan – Ya sabes, de París a Brest... El vuelo es tan corto que apenas les da tiempo a servirte algo caliente... *(Mostrando la caja.)* Así que he pasado por una pastelería de camino...

Fred – Ah, ya veo...

Yan – Entonces, ¿es aquí?

Dom – Eso parece.

Yan mira a su alrededor y da unos pasos hacia el público.

Fred – No te acerques demasiado.

Dom – Sería bastante estúpido caerse por un acantilado mientras rindes homenaje a una víctima de un accidente aéreo. Sobre todo si hay alguien debajo...

Yan – Quería traer flores, pero en el avión... Y luego no encontré ninguna floristería.

Dom – Pero, por suerte, sí que había una pastelería...

Un momento de recogimiento.

Yan – Por supuesto, no habéis encontrado nada, ¿verdad?

Fred – Tampoco es que hayamos buscado.

Dom – No hemos venido para eso, ¿no?

Yan – La verdad es que empiezo a preguntarme para qué hemos venido.

Dom – Para darle el último adiós, por lo visto.

Yan – Vale... ¿Y cómo se hace eso?

Fred – Nos preguntábamos lo mismo antes de que llegaras.

Yan – En momentos así la religión puede ser de gran ayuda. *(Los otros dos la miran sorprendidos.)* Por los rituales, quiero decir...

Dom – Sí, porque... No me veo recitando una oración.

Fred – Sobre todo porque no nos sabemos ninguna.

Dom – ¿A alguien se le ocurre otra cosa?

Yan – Yo qué sé... ¿Un minuto de silencio?

Fred – Vale...

Guardan silencio un rato. Dom mira su reloj.

Dom – Me está entrando un hambre... *(Mirando la caja.)* ¿Nos has traído pasteles?

Yan – Solo he comprado uno, pero bueno... Podemos compartirlo.

Abre la caja.

Fred – ¿Qué es?

Yan – Un Paris-Brest. Es un pastel francés que lleva el nombre de las dos ciudades.

Dom – Ah... Claro. Pues viene muy a cuento...

Yan – No sé cómo vamos a partirlo en cuatro.

Dom – ¿En cuatro?

Yan – Quiero decir en tres. Somos tres, ¿no?

Fred – Yo siempre llevo una navaja encima...

Los otros dos intercambian miradas algo inquietas. Fred saca una navaja y divide el pastel en tres.

Dom – Pues ya está... Una especie de comunión laica.

Cada uno coge un tercio del pastel y empieza a masticar.

Yan – Es verdad que podríamos haberlo dividido en cuatro, pero bueno...

Fred – Si ya de por sí es bastante pequeño...

Dom – Sí, una especie de sacrificio... Es un ritual de muchas religiones... La parte de Dios...

Yan – O la parte del diablo.

Dom – La parte del Padre, del fisco y del Espíritu Santo.

Fred – La parte de los pobres...

Dom – Espero que no se nos haga demasiado pesado.

Una pausa.

Dom – Pues sí que ha llovido.

Fred – Estamos en Bretaña.

Dom – No se parece mucho a Bretaña, ¿no?

Yan – No sé.

Dom – Quiero decir... Podría ser cualquier sitio. No se parece a nada.

Fred – Hay acantilados...

Yan – Sí, pero no veo el mar. ¿Vosotros veis el mar?

Fred – No.

Dom – Está muy oscuro. Y el acantilado parece altísimo.

Fred – Me pregunto si les dio tiempo a ver el mar antes de...

Dom – No lo sé...

Yan – Nunca lo sabremos...

Dom – Pero tú, que has hecho el mismo vuelo, ¿se veía el mar o no?

Yan – No lo sé... Me... Me quedé dormida...

Dom – Vale... Le pagamos un peregrinaje en avión y se pasa el viaje durmiendo. Contábamos contigo para que nos lo contaras... ¿Cómo vamos a hacer ahora nuestro duelo?

Una pausa.

Fred – Ha parado de llover.

Yan – Sí. Está despejando un poco.

Fred – Parece que va a salir un arcoíris.

Dom – Dicen que el cuerpo humano está compuesto sobre todo de agua.

Fred – ¿Y qué?

Dom – Quizá sea él.

Yan – ¿Quién?

Dom – El arcoíris... *(Los otros dos la miran sin comprender.)* Como has dicho, quedó vaporizado...

Los tres vuelven a mirar el arcoíris.

Yan – Entonces es como una aparición.

Fred – Sí, un poco como si lo hubiéramos encontrado.

Dom – Sí... Un poco...

Contemplan el arcoíris mientras terminan de comerse el Paris-Brest.

Yan – Podemos contárselo a mamá. Lo del arcoíris... Le hará ilusión.

Fred – La verdad es que es un símbolo muy bonito...

Yan – El arcoíris de la alianza...

Dom – La familia reunida por fin...

Una pausa.

Fred – ¿Y si nos hacemos una foto?

Dom – ¿Tú crees?

Yan – Nos quedará de recuerdo.

Dom – Vale...

Fred – Vamos a hacernos un selfi.

Los tres se colocan de espaldas al público para hacerse un selfi.

Yan – ¡Patata!

Fred hace la foto. Vuelven a ponerse de frente.

Dom – ¿Podemos irnos ya?

Yan – ¡Si acabo de llegar!

Fred – Podemos quedarnos un poco más.

Yan – Nos ayudará a...

Fred – Superar la pérdida...

Yan – Para eso hemos venido, ¿no?

Dom – Bueno...

Fred mira el resultado en la pantalla.

Fred – Solo sale el arcoíris... No sé por qué. En fin, nos vale.

Dom – Déjame ver... (*Fred le enseña la pantalla.*) Ah, sí... Parece el logotipo de...

Fred – Del movimiento LGBT...

Dom – Yo pensaba más bien en el anuncio de una compañía de seguros, o de un banco...

Yan – O de una compañía aérea...

Dom – Arcoíris Low Cost...

Yan (*mirando a su alrededor*) – Yo no conocía Bretaña. ¿Y vosotros?

Fred – Sí, yo sí.

Yan – Tenemos que volver. En verano.

Dom – ¿No estamos en verano?

Yan – Ah, sí, puede ser... Es por el tiempo que hace...

Fred – Por cierto, está lloviendo otra vez.

Yan – Sí, el arcoíris ha desaparecido.

Dom – Eso es una señal, ¿no?

Fred – ¿Una señal de qué?

Dom – De que a lo mejor ya podemos irnos. Ha desaparecido el holograma milagroso. Ya está bien, ¿no?

Yan – No sé...

Dom – Por mi parte, ya he cumplido con el duelo. ¿Y vosotros?

Fred – Vale. Vámonos.

Yan abre un paraguas.

Dom – ¡También te has acordado de traer un paraguas!

Yan – ¿Qué haríais sin mí?

Los otros dos se colocan bajo el paraguas, a ambos lados de Yan.

Yan – Por lo menos nos ha permitido pasar un rato juntos.

Dom – Sí... Al final, esta dolorosa experiencia nos ha unido.

Fred – Por cierto, ¿cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

Yan – No sé... Mucho...

Fred – Espera, la última vez fue...

Dom – Por cierto, ¿por dónde se va?

Dudan un momento.

Fred – Creo que por aquí...

Dom – ¿Estás seguro?

Yan – Deberíamos haber dejado un rastro de piedrecitas, como Hansel y Gretel...

Fred – Probemos por aquí y ya veremos.

Están a punto de salir cuando Yan ve algo en el suelo y lo recoge.

Fred – ¿Qué es eso? ¿Una piedra?

Yan – Un bolígrafo.

Dom – Vaya... No habrás venido para nada...

Yan examina el bolígrafo.

Fred – ¿Qué pasa?

Yan – Es un bolígrafo publicitario.

Dom – ¿Y qué?

Yan (*tendiéndole el bolígrafo*) – Mira, fíjate...

Dom coge el bolígrafo y también lo examina.

Dom – Crédit Parisien...

Yan – Él trabajaba en un banco... Creo que en Crédit Parisien...

Fred – ¿Quieres decir que...?

Dom – ¡Un momento! ¡En ese banco trabajan miles de personas! ¡Por no hablar de sus millones de clientes!

Fred – Sí... Pero estamos en la zona del accidente...

Dom – ¡Una superficie de dieciséis kilómetros cuadrados! ¡Los investigadores no encontraron ni rastro de él y resulta que nosotros hemos encontrado su boli!

Yan – ¿Y por qué no? Los milagros existen, ¿no?

Dom – ¿Ah, sí? Yo creía que precisamente no existían...

Fred – Sin necesidad de milagros... A veces se encuentra una aguja en un pajar.

Dom – Creo que estamos empezando a delirar. Será la fiebre. Debemos de habernos resfriado.

Yan recupera el bolígrafo y vuelve a examinarlo.

Yan – Hay una dirección. Una sucursal de Crédit Parisien en París.

Fred – ¿Vivía en esa zona de París?

Yan – En cualquier caso, vivía en París. Y nosotros estamos en Bretaña.

Dom – Ya...

Yan – A lo mejor dejó un mensaje...

Dom – ¿Un mensaje...?

Yan – Si tenía el bolígrafo en la mano cuando el avión entró en picado... Quizá le dio tiempo a escribir un mensaje al sentir que se acercaba el final...

Dom – Claro... ¿Y por qué no tirar también una botella con un mensaje por la ventanilla del avión?

Fred – De todas formas, ese bolígrafo no ha llegado aquí solo...

Dom – Hoy en día, si quieres dejar un último mensaje, usas el móvil, ¿no? No te pones a redactar el testamento con papel y boli...

Yan – ¡Pero si sabes que no tenía móvil!

Dom – Ah, ¿no tenía móvil? Pues no, no lo sabía...

Fred – La última vez que me llamó fue desde una cabina telefónica. Se cortó la comunicación. Casi no pudimos hablar... Ni siquiera pude despedirme.

Dom – ¿Y por qué ibas a despedirte de él? ¡No sabías lo que iba a pasarle!

Yan – De todos modos, se supone que no se puede usar el móvil en los aviones. Podría interferir en las comunicaciones del piloto con la torre de control.

Fred – Vete tú a saber... Quizá al intentar dejar su mensaje de despedida provocó la catástrofe...

Dom – Ah, sí... Una lógica impecable.

Yan – Lo que Fred quiere decir es que... podría haber precipitado la caída del avión.

Dom – Ya sé que tenía mala suerte y que se la contagiaba a todo el que se le acercaba, pero bueno...

Fred – Yo, personalmente, si hubiera podido elegir, habría evitado viajar con él un viernes 13.

Dom – Sí. Seguro que, de haber vivido en aquella época, su nombre habría figurado en la lista de pasajeros del Titanic.

Fred – Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Yan – Podríamos echar un vistazo rápido...

Dom – ¿Un vistazo? ¿A qué?

Yan – Si el bolígrafo cayó aquí, quizá el papel no esté muy lejos.

Dom – ¿Estás de broma?

Fred – Ya que estamos aquí... ¿Qué podemos perder?

Yan y Fred se ponen a buscar. Dom los observa con resignación.

Yan – Apenas se ve nada...

Fred (a Dom) – Venga, ayúdanos. Acabaremos antes.

Dom pone los ojos en blanco.

Dom – No me lo puedo creer...

Hace como que busca un poco.

Yan – ¿Has mirado por allí?

Fred – Voy a hacerlo...

Yan – Yo buscaré al otro lado. Dom, tú encárgate de esa esquina.

Fred – Si el boli cayó aquí, puede que el papel no ande lejos.

Dom – Salvo que el papel vuela. Mucho mejor que un bolígrafo. Y mucho mejor que un avión, desde luego...

Dom se encoge de hombros. De pronto, algo llama su atención. Se agacha, recoge un papel y lo lee.

Yan – ¿Qué es?

Fred – No me digas... ¿Es eso?

Yan – ¿Su testamento? Quiero decir... ¿Su nota de despedida?

Dom – No lo sé... Hay unas palabras garabateadas... No está firmada.

Fred – A lo mejor no le dio tiempo.

Yan – Pero ¿es su letra?

Dom – ¿Tú conoces su letra?

Yan – No.

Fred – No era de escribir muy a menudo.

Dom – No, desde luego. Si hasta cuando vivía se hacía el muerto.

Yan – Pero ¿qué pone?

Dom (*leyendo*) – «Solo unas palabras para decirte que esta noche no volveré a casa...»

Fred – ¿Eso es todo?

Dom – Eso es todo.

Yan – ¿Y no está firmada?

Dom – No.

Fred – Pero ¿a quién va dirigida?

Dom – Vete tú a saber...

Yan – Quizá a su mujer.

Fred – ¿Estaba casado?

Yan – Que yo sepa, no.

Fred – A lo mejor era gay...

Las otras dos lo miran sorprendidas.

Dom – ¿Por qué dices eso?

Fred – No sé... Se me acaba de ocurrir... Como no estaba casado.

Dom – Te recuerdo que hoy en día se puede ser gay y estar casado.

Fred – Tienes razón. No sé por qué he dicho eso.

Yan – Sí... Me pregunto si realmente lo conocíamos tan bien.

Dom – No me digas...

Fred – ¿Cómo podemos saber si esta notita es suya o no?

Yan – A ver...

Yan coge el papel que le tiende Dom, saca el bolígrafo y traza una raya.

Yan – La tinta coincide con la del bolígrafo.

Fred – ¿De qué color?

Yan – Azul.

Fred – ¿Quieres decir que esta nota se escribió con este boli?

Dom – No es una prueba muy concluyente, ¿no? ¡La mitad de los bolígrafos escriben en azul!

Yan da la vuelta al papel.

Yan – Está escrita en el reverso de un folleto publicitario...

Fred – ¿Y qué anuncia? ¿El banco?

Yan – Un vidente... Elimina el mal de ojo, devuelve la buena suerte, garantiza el éxito en el amor y en el trabajo y la felicidad de la pareja y la familia...

Dom – Si de verdad iba en ese avión, no le sirvió de mucho.

Yan – «Solo unas palabras para decirte que esta noche no volveré a casa...» Aun así, parece una nota de despedida, ¿no?

Dom – Sí... También puede ser una nota que un marido deja en la mesa de la cocina para decirle a su mujer que el trabajo le obliga a pasar la noche fuera. O una nota de una mujer para comunicarle a su marido que acaba de dejarlo.

Yan – ¿Aquí? ¿En mitad del campo?

Dom – Te lo repito: el papel vuela... a veces.

Fred – Bueno, ¿qué hacemos?

Dom – ¿Cómo que qué hacemos?

Fred – Aunque no la haya escrito él, la escribió otro pasajero. Tendríamos que averiguar quién.

Dom – ¿Y para qué?

Yan – ¡Para entregársela a su destinatario, claro!

Dom – ¿Te imaginas que encargamos un análisis caligráfico de todas las víctimas de ese avión para averiguar quién escribió esto y a quién iba dirigido?

Fred – Está claro que no haríamos nosotros el análisis. Pero podríamos entregársela a la policía científica.

Dom – Por supuesto... Así, dentro de seis meses o un año, alguna viuda o algún huérfano recibirá el último mensaje de su ser querido: «Solo unas palabras para decirte que esta noche no volveré a casa». A estas alturas, creo que ya se habrán dado cuenta, ¿no?

Fred – Sí, bueno, visto así...

Yan – Es verdad, planteado de esa manera...

Dom – ¡Pero claro!

Fred – Entonces, ¿qué hacemos con el papel?

Dom – Dejémoslo donde lo encontramos y ya está.

Yan – Vale... *(Busca dónde volver a dejar el papel.)* ¿Era aquí?

Dom – No lo sé... Quizá un poco más allá... ¿Qué más da?

Fred – Así no habremos cambiado nada... En cierto modo, esto es un santuario.

Yan – Es verdad... Un lugar habitado por los fantasmas que lo rondan... ¿No notáis su presencia?

Fred – Sí... Un poco...

Dom – Sí, si tú lo dices...

Yan deja el papel con cuidado en el suelo y permanece inmóvil unos instantes, absorta en sus pensamientos.

Yan – Pero el bolígrafo me lo quedo.

Dom – Haces bien... Siempre puede venirte bien. Sobre todo si vuelves en avión. Nunca se sabe, las desgracias nunca vienen solas... ¿Tienes papel también? Yo llevo, por si lo necesitas...

Yan guarda el bolígrafo.

Yan – Bueno, pues vámonos.

Dom – Eso, vámonos...

Fred vuelve a vacilar.

Fred – Perdonad, pero...

Dom – ¿Y ahora qué?

Fred – Solo un momento.

Dom – ¿A qué hora sale el dichoso tren? Al final vamos a perderlo. Además, está oscureciendo.

Fred – No os preocupéis, solo será un segundo.

Yan – Vale... Te escuchamos.

Fred – Es por lo que he dicho antes...

Yan – ¿Qué? ¿Qué has dicho?

Fred – Cuando he dicho que... tal vez fuera gay.

Yan – ¿También tienes novedades sobre eso?

Dom – Bueno, ahora que está muerto... Creo que su orientación sexual ha perdido bastante importancia, ¿no?

Fred – En realidad... Tengo buenos motivos para creer que era...

Yan – ¿Gay?

Dom – ¡Madre mía... Claro!

Yan – ¡Sí, el arcoíris! Cuando decíamos que era una señal...

Dom – ¡Esto es una pesadilla! ¡No vamos a pasar aquí toda la noche hablando de la salida del armario póstuma de nuestro hermano mientras sus restos están esparcidos por dieciséis kilómetros cuadrados!

Yan – Tenemos derecho a saber quién era en realidad, incluso ahora. Al fin y al cabo, era nuestro hermano.

Dom – Bueno, ¿nuestro querido hermano era gay o no, de una puñetera vez?

Fred – Lo que quería decir es que tengo buenos motivos para creer que no era nuestro hermano en absoluto.

Dom – ¡Por Dios! De aquí no salimos nunca...

Yan – ¿Que no era nuestro hermano? ¿Quieres decir que era adoptado o algo así?

Fred – Ni siquiera eso.

Dom – ¿Cómo que ni siquiera eso?

Fred – Tenía más o menos nuestra edad. Quizá un poco más. Siempre dimos por hecho que era nuestro hermano mayor, pero...

Yan – Es verdad que nunca se me ocurrió preguntárselo directamente.

Fred – Sobre todo porque no era muy hablador.

Yan – No... Reconozco que incluso llegué a preguntarme si era mudo...

Dom – O sea que ese hombre al que siempre veíamos en casa... ¿Dices que no era nuestro hermano?

Fred – Hay que admitir que nadie lo afirmó nunca explícitamente.

Dom – Es verdad... Me has dejado sin palabras... Nunca se dijo explícitamente...

Yan – Pero, si no era nuestro hermano, ¿quién era?

Fred – Un momento, yo no he dicho que esté seguro.

Dom – Has dicho que tenías buenos motivos para pensarlo.

Yan – Sí, ¿y cuáles son esos motivos?

Fred – Bueno... Para empezar, no se parecía mucho a nosotros.

Dom – Nosotros tres tampoco nos parecemos demasiado... Y, sin embargo, somos hermanos.

Yan – Sí, es verdad.

Dom – Aunque... ¿Quién sabe? A lo mejor tampoco somos hermanos los tres...

Yan – ¿Tú crees?

Dom – No, es broma... Aunque... Tampoco se dijo nunca explícitamente.

Fred – Eso es verdad...

Dom – ¿No os parece que estamos llevando esto demasiado lejos?

Yan – A mí esto empieza a darme miedo. ¿A vosotros no?

Fred – Sí...

Dom – Cuando has dicho que no se parecía mucho a nosotros... ¿Tienes más motivos para pensar que quizá no fuera nuestro hermano?

Fred – Bueno... Su nombre, por ejemplo...

Yan – Su nombre... Es verdad que... Por cierto, ¿cómo se llamaba?

Dom – Loïc.

Yan – Eso es. Siempre me ha costado ese nombre. A estas alturas, ni siquiera estoy segura de cómo se escribe.

Fred – ¿Loïc? ¿No se escribe como se pronuncia?

Yan – Ya... Pero precisamente... ¿La i lleva diéresis o no? Porque sin esos dos puntitos no se pronunciaría «Lo-ik». En teoría...

Fred – Bueno... (*A Dom.*) ¿Tú le pondrías los dos puntitos a la i?

Dom – No lo sé... Nunca me lo había planteado hasta hoy... Y nunca he tenido que escribir su nombre...

Fred – Claro, tampoco teníamos muchas ocasiones para escribirle cartas. Siempre estaba allí...

Yan – Y en cuanto a la pronunciación... Hay que reconocer que casi nunca lo llamábamos por su nombre.

Fred – No. Y cuando lo llamábamos, pocas veces contestaba.

Dom – Yo incluso llegué a preguntarme si era sordo.

Yan – Loïc...

Fred – Es un nombre bretón. De Bretaña.

Yan – ¿Ah, sí?

Fred – ¡Claro! Creo que hasta hay una marca de sidra que se llama así.

Dom – Qué raro... Yo siempre pensé que sonaba a polaco.

Yan – ¿Por qué polaco?

Dom – No sé... Ese «ik» del final me suena a polaco...

Yan – Yo me llamo Yannick, también acabo en «ik» y no soy polaca. Que yo sepa...

Fred – En cualquier caso, sea bretón o polaco, no es un nombre francés... Quiero decir, no como los nuestros: Dominique, Frédéric, Yannick...

Dom – ¿Te llamas Frédéric?

Fred – ¡Pues claro! ¿No lo sabías?

Dom – Pues no...

Yan – Yo tampoco...

Dom – Siempre te hemos llamado Fred.

Fred – Fred es el diminutivo de Frédéric.

Dom – En fin, tenía un nombre bretón. Habría que preguntarse por qué.

Yan – Pero eso no demuestra que no fuera nuestro hermano...

Dom – Siempre podemos preguntárselo a mamá cuando volvamos.

Yan – Sí... Aunque tampoco es una pregunta fácil de hacerle a tu madre...

Fred – Quería hacerle una prueba de ADN, pero murió antes de que pudiera hacérsela.

Yan – ¿Sin pedirle permiso, quieres decir?

Fred – Siempre se puede conseguir una muestra de... Hoy en día no es complicado.

Dom – Claro que ahora será más difícil. Dieciséis kilómetros cuadrados y ni un solo fragmento visible a simple vista...

Yan – Loïc... Quizá eso explique lo del Paris-Brest...

Dom – ¿Cómo que lo explique?

Yan – ¡Si es un nombre bretón! A lo mejor aún tenía vínculos con Bretaña...

Dom – Ahora que lo dices, yo lo veía a menudo comiendo crepes y bebiendo sidra.

Yan – ¿En serio?

Dom – No, es broma... ¿No veis que estamos empezando a perder la cabeza?

Yan – Aun así... Todo esto es muy extraño...

Dom – ¿El qué? ¿Qué es extraño?

Fred – Para empezar... ¿Por qué no ha venido mamá?

Dom – Tú mismo me has dicho que no se encontraba bien.

Yan – Podría ser una excusa para no venir.

Dom – Eso es... Y a lo mejor tampoco es nuestra madre...

Yan – Yo no he dicho eso...

Dom – Antes nos preguntábamos si de verdad somos hermanos. Si no lo somos, entonces mamá tampoco es nuestra madre.

Fred – Entonces, ¿de quién sería madre?

Yan – ¿De Loïc?

Dom – ¡Ahí lo tienes! Él era el verdadero hijo de la familia. Los intrusos éramos nosotros.

Fred – Pues entonces, ¿qué demonios hacíamos en esa familia durante tantos años, si no formábamos parte de ella?

Dom – Vete tú a saber...

Yan – A lo mejor éramos niños de acogida.

Dom – Eso es... Nuestros padres nunca volvieron a buscarnos y la mujer a la que llamábamos mamá se quedó con nosotros por caridad cristiana.

Yan – Y nunca se atrevió a decirnos que no éramos sus hijos.

Fred – Es verdad que nunca nos dijo claramente que fuéramos sus hijos.

Dom – ¡Eso es! Y, como su verdadero hijo era sordomudo, tampoco podía desmentirlo.

Fred – Eso explicaría muchas cosas...

Yan – Sí, ahora está todo clarísimo...

Dom – ¿Tú crees?

Una pausa.

Yan – Pero aún hay un detalle que me preocupa.

Dom – No me digas...

Yan – ¿Eso quiere decir que todos nuestros padres murieron a la vez?

Dom – ¿Cómo dices?

Fred – Si nos estaba cuidando y se quedó con nosotros porque murieron nuestros padres, eso significa que nuestros padres tuvieron que morir todos al mismo tiempo.

Yan – Puesto que no somos hermanos.

Dom – Ah, claro...

Yan – En un accidente, entonces.

Fred – Sí... A lo mejor viajaban en el mismo avión...

Dom – ¿Qué avión?

Yan – No lo sé... ¿El que se estrelló aquí?

Dom – ¿Aquí?

Fred – Pero ¿hace cuánto tiempo ocurrió este accidente exactamente?

Dom – ¿Exactamente? No tengo ni idea. Y, francamente, me estoy haciendo un lío. ¿No podemos olvidarnos de esta teoría y seguir siendo hermanos?

Yan – Tienes razón... No exageremos. Claro que somos hermanos. Es evidente...

Una pausa.

Fred – Tengo otra hipótesis.

Yan – ¿Cuál?

Fred – ¿Y si en realidad era nuestro padre?

Dom – ¿Quién?

Fred – ¡Loïc!

Dom – Ya estamos otra vez.

Yan – Era un poco joven para ser nuestro padre, ¿no?

Fred – ¿Joven? Depende... ¿A qué edad?

Dom – Además, nunca lo vimos con... Quiero decir que no dormía en la misma habitación que nuestra madre.

Fred – Nos habríamos dado cuenta, ¿no?

Yan – Pues yo ni siquiera sabría decirte en qué habitación dormía.

Fred – Ni de qué plato comía.

Yan – Ni en qué armario guardaba la ropa.

Dom – En resumen, ni siquiera podemos estar seguros de que existiera.

Consternación general.

Fred – Loïc...

Yan – Nuestro padre...

Dom – Padre nuestro que estás en el cielo...

Yan – Después de desaparecer sin dejar rastro en un accidente aéreo. Antes de poder darnos la vida.

Dom – ¿Antes?

Yan – Si no existe, significa que no somos sus hijos.

Dom – O que tampoco existimos nosotros...

Yan – Es Loïc... Quiero decir, es ló... lógico...

Una pausa.

Fred – Entonces eso es... Somos los hijos que nuestra madre nunca tuvo.

Dom – Es verdad... Mamá tampoco nos hablaba mucho.

Yan – No... Y, además, hay que reconocer que donde vive solo hay un dormitorio, ¿no?

Fred – El suyo.

Yan – Sí, está claro... Mamá siempre ha vivido en un estudio.

Dom – Ahora me diréis que también era virgen... O monja...

Fred – ¿Creéis que aquel estudio podría ser una celda de convento o algo así?

Dom – Eso es... Se metió monja porque Dios Padre se estrelló en el mar antes de la Inmaculada Contracepción...

Los tres se quedan estupefactos unos instantes.

Fred – Voy a hacer otra foto.

Dom – ¿Una foto de familia? ¿Para qué? Ya no parece tener mucho sentido, ¿no?

Yan – Para averiguar si existimos de verdad. Antes no salíamos en la foto.

Dom – No estoy segura...

Yan – ¿De qué?

Dom – De querer saberlo...

Fred retrocede hacia un lateral del escenario para poder encuadrar mejor la foto.

Fred – Os sacaré a las dos, para asegurarme... Acercaos un poco...

Dom y Yan se acercan una a la otra, algo incómodas. Fred retrocede aún más hasta desaparecer. Un instante de desconcierto. Cambia la iluminación.

Dom – Creo que ahora me acuerdo.

Yan – No fue un accidente.

Dom – Tampoco fue un atentado terrorista.

Yan – Fue...

Dom – Una especie de suicidio.

Yan – Eso es. Un suicidio colectivo.

Dom – Bueno, en realidad no fue un suicidio.

Yan – El piloto los arrastró a todos con él al fondo del abismo.

Dom – Nunca debieron subir a ese avión.

Yan – ¿Y cómo iban a saberlo? Cuando subes a un avión, no eliges al piloto.

Dom – No.

Yan – Confías a ciegas en alguien a quien no conoces. Y pones tu vida en sus manos.

Dom – Como los niños, que dependen de sus padres. Porque no pueden elegir.

Yan – Pero los adultos... Es una locura.

Dom – Sí.

Yan – Siempre deberíamos saber con qué compañía volamos y quién lleva los mandos.

Dom – No deberíamos poder decir después: «Yo no lo sabía».

Yan – Todos están muertos.

Dom – Y nosotros nunca llegamos a nacer.

Yan – Por eso no encontraron ningún cuerpo.

Dom – Nos borraron, sencillamente.

Yan – Pero ¿dónde estamos exactamente?

Dom – No lo sé... Parece una cárcel...

Yan – Al aire libre, entonces...

Dom – Más bien un cementerio.

Una pausa.

Dom – ¿Antes no éramos tres?

Yan – ¿Antes?

Dom – ¡Frédéric! ¿No te acuerdas? Lo llamábamos Fred.

Yan – Ah, sí... Puede ser.

Dom – Se fue por allí.

Dom va a mirar hacia el lateral del escenario y vuelve.

Yan – ¿Y bien?

Dom – Nada. Es el borde del acantilado.

Yan – ¿También por ese lado?

Yan da una vuelta por el escenario.

Yan – En realidad, no estamos al borde del abismo... Estamos rodeadas por el vacío.

Dom – Estamos en medio de la nada. Y algo me dice que no vamos a salir de aquí pronto.

Yan – Es como estar en una isla rodeada de nada.

Dom – ¡No te acerques demasiado al borde!

Yan – Es el borde el que se está acercando...

La luz empieza a disminuir.

Dom – Cada vez está más oscuro.

Yan – ¿Alguien tiene un cirio?

Dom – ¿Quieres decir una vela corriente?

Yan saca una vela del bolso.

Yan – Yo siempre llevo una. Pero no tengo mechero...

Dom – ¿De qué sirve llevar siempre una vela si no tienes mechero?

Yan – ¿Tú tienes mechero?

Dom enciende la vela.

Dom – Esto parece una subasta... De esas que terminan cuando se apaga la vela...

Yan – Si la vela se apaga antes de que vengan a buscarnos, nunca naceremos.

La vela arde durante unos instantes.

Dom – Entonces, ¿nadie?

Yan – ¿De verdad que nadie se arrepiente?

Dom – ¿Sin remordimientos...?

Yan – ¿Hay algún piloto en la sala?

Una pausa.

Dom – No somos hijas de nadie.

Yan – En ningún lugar. En ninguna circunstancia.

Dom – La única libertad que nos queda es decidir cuándo... volver a la nada.

Dom sopla y apaga la vela.

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2021

ISBN : 978-2-37705-553-1

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.